

## Un autor olvidado, un libro anónimo y una revolución frustrada

Guillermo Korn (ILA – UBA)

Tres postulados que se resumen en uno: algunos apuntes sobre un intelectual latinoamericano. Carlos Montenegro –el pensador que dio sustento teórico a la revolución boliviana de 1952– se enlistó como soldado en la Guerra del Chaco en 1933. Más tarde apostó, como tantos, por algunos gobiernos que dejaran atrás los años de oprobio y entrega. Eso acarreó la asunción de ministerios y cargos diplomáticos, pero también exilios. En Argentina recaló en dos oportunidades, creó una revista, participó de varias más y publicó un libro sin firma.

Un esbozo apenas, algunos apuntes, un breve desarrollo y varias preguntas. No hay tanto más. La propuesta es escoger uno de los tantos senderos que conducen al amplio, vasto y florido campo que se denomina intelectual, para insistir con la idea del detalle, de la “mirada miope”, cercana, apegada al grano o la trama de la palabra como método. Tomo por caso el de alguien en el cual confluyen los gentilicios que nos convocan: lo argentino y lo latinoamericano. Este escritor nació en Cochabamba, Bolivia, en 1904, vivió en Buenos Aires, en México, en Chile, y murió en Nueva York en 1953.

Breve presentación: Carlos Montenegro estudió derecho, pero fue escritor. El periodismo como medio de vida y la política como pasión vital. Montenegro fue uno de los principales ideólogos del nacionalismo boliviano que dio origen a la revolución de 1952. Fue colaborador, desde muy joven, en la revista *Arte y Trabajo* donde redactó ensayos, crónicas y artículos. Por uno de ellos –aunque escudado en el seudónimo de Juan Pérez– fue excomulgado de la Iglesia Católica. La Guerra del Chaco lo convocó a enrolarse y ahí cumplió tareas como inspector de propaganda del Estado Mayor. Su tarea periodística se dio en distintos medios –*La Opinión*, *La Razón*, *El Diario*– pero fundamentalmente en *La Calle*, diario del que fue uno de los fundadores y al que tuvo que reabrir cada dos por tres, luego de las censuras gubernamentales. Entre 1935 y 1939 vivió en Buenos Aires, donde ofició como secretario de la delegación boliviana en la Conferencia por la Paz del Chaco y trabajó en la embajada, bajo los gobiernos de David Toro (1936-1937) y Germán Busch (1937-1939). Algunos autores aseguran que conoció a varios escritores y políticos argentinos. Los más cautos mencionan a Gabriel del Mazo (quien para afianzar su posición ante un proyecto

parlamentario de integración continental incluirá un artículo de Montenegro, a Alfredo Palacios, Arturo Jauretche y los exiliados Henríquez Ureña y Luis Alberto Sánchez. Otros, más entusiastas, suman en esa lista a Borges, a Arlt, a Victoria Ocampo, sin mencionar dónde ni cómo se dieron esos encuentros. Es de suponer que tal engrosamiento de la lista se debe a una mención que hace en sus memorias la esposa del escritor boliviano. En Buenos Aires, Montenegro colaborará con el diario socialista *La Vanguardia* con una semblanza de Busch. Quizá, resta verificarlo, el artículo fuera un extracto de su biografía sobre el malogrado militar. (Nota al pie: esa biografía formó parte, por décadas, de un fantasmal mito. El inconcluso borrador apareció en 2013, luego de estar guardado en el cajón de un escritorio más de cincuenta años).

Montenegro bregó por la creación del Ministerio de Trabajo que ocupó en primer término un obrero del sindicato de impresores. El propio Montenegro también fue ministro, bajo el gobierno del mayor Gualberto Villarroel, pero en el área de Agricultura. En México, entre 1944 y 1946, fue embajador.

Años antes que eso se había dicho que “Montenegro ve a través del petróleo”. Ese estado simbiótico entre un autor y el objeto de su interpretación nacional no difiere del que encarnó Scalabrini Ortiz respecto al ferrocarril. No hay forzamiento en este paralelo, aunque el comentario de Enrique Baldivieso, vicepresidente boliviano, aludía a la fuerza argumentativa de Montenegro respecto de la demanda de la compañía estadounidense al estado andino en *Frente al Derecho del Estado, el oro de la Standard Oil*.

Habrán otros escritos: como aquel con el que ganó un concurso de ensayos. El trabajo había sido titulado “Influencia y función del periodismo en el proceso histórico de Bolivia”. Al ser editado como libro, Montenegro lo rebautizó *Nacionalismo y coloniaje*. En esas páginas se interpreta la historia nacional boliviana a través de la historia del periodismo. El rescate del hombre boliviano le permitió establecer un contrapunto con la idea de *pueblo enfermo* que había propuesto Alcides Arguedas. La fuerte carga de darwinismo social era para Montenegro un modo de falsear la historia, sustituyendo lo real por apariencias: “una aparente realidad y una aparente naturaleza que no ha creado la historia sino el historiador que falsifica el valor de los hechos”. Eso aparejaba “un triple falseamiento: el de la verdad en el pasado, el del juicio histórico en el presente, y el de la conducta colectiva en el futuro”. *Nacionalismo y coloniaje* se convirtió en una obra capital que tuvo varias reediciones, la más reciente a cargo de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia. A mitad de los años 60, Dardo

Cúneo –editor del libro en Argentina– dijo que en varios aspectos podía ser pensado a la par de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, de José Carlos Mariátegui.

De todos modos la hagiografía a Montenegro le pasó de largo. Haber apoyado al gobierno militar de Busch, y más tarde al de Villarroel, le valió la acusación de nazi por los opositores que ataron su lectura sobre esos gobiernos al contexto mundial, más allá que Montenegro haya ingresado a la política como socialista. No hay unanimidad de pareceres sobre su figura: el intelectual indígena Fausto Reinaga lo acusó de ser “un traidor de la revolución boliviana y del socialismo”. En contrapartida el sociólogo marxista René Zavaleta Mercado lo reivindicará como “un nombre de la lucha antiimperialista latinoamericana y, a la vez, hermano muerto y padre viviente de los revolucionarios de Bolivia”. Los pliegues ideológicos se multiplican, la bibliografía se hace vasta y escasa al mismo tiempo; y el objeto de estudio para quien lee estas líneas, se torna cada vez más inaprensible.

Vamos al segundo aspecto aludido en el título de este trabajo –el libro anónimo– y su puesta en contexto. Tras su experiencia como embajador en México, Montenegro se radicará en Argentina nuevamente. En Buenos Aires edita la revista *SEA (Síntesis Económica Americana)*. Como lema, una cita atribuida a Tupak Amarú: “Vivamos como hermanos y congregados en un solo cuerpo, los indios, los mestizos y los criollos paisanos, a quienes nunca ha sido mi intención se le siga ningún perjuicio”. Mes a mes aparecen reflejados infinidad de datos sobre la economía mundial y, entre medio, un artículo más extenso sobre algún país latinoamericano. Males notorios: los monopolios y el mutuo desconocimiento entre naciones. Argentina aparece como un faro continental en el que se destacan las figuras de Miguel Miranda en lo económico, el canciller Bramuglia enarbolando la tercera posición y Perón como núcleo. Otro destacado en un recuadro: el título y la foto remiten a El Escritor de la Nacionalización. Son los días en que el Estado argentino toma posesión de los ferrocarriles hasta entonces ingleses. La decisión política habilitaba a distinguir a Raúl Scalabrini Ortiz como “uno de los contados intelectuales americanos que confirma, en el plano de los hechos, la verdad que ha propagado.” (*SEA* N° 2, febrero de 1948) El recuadro complementa lo dicho por Montenegro al autor de *Política británica en el Río de la Plata* en una carta donde lo felicita por la compra de los ferrocarriles: “El hecho histórico es, a juicio mío, inseparable de su nombre”. Las páginas de *SEA*, al margen de los nombres y los reconocimientos, buscan interpelar a “personas e instituciones con un directo interés en el estudio y la investigación de ideas y hechos económicos”. La revista pretende una presencia continental, prioriza la suscripción y alienta la llegada a los kioscos y puestos de venta.

De su estadía en Buenos Aires son también las páginas que Montenegro dedicó a Spruille Braden. Una biografía fuertemente provocadora que denota un pormenorizado conocimiento del personaje. No debería llamarnos la atención: ambos coincidieron en 1935 en la Conferencia de Paz del Chaco, con sede en Buenos Aires. Uno como representante de Bolivia, el otro en tanto visible representante del gobierno norteamericano y, asegura el biógrafo, por lo bajo de la Standard Oil. Un problema más sobre el engarce de piezas sueltas, que este investigador no resuelve, es que otros biógrafos –los de Montenegro– sostienen que ese escrito fue publicado en 1948. No una vez se dice, son varias: o como suele suceder, se dice y se repite. De la lectura puede deducirse que hay algo erróneo: “De enero de 1951 a 1952, no se ha sabido que el presidente interino Braden hubiese tenido el menor rozamiento con las gentes del hampa de Nueva York”, dice Montenegro en un fragmento. “No hace mucho, en octubre de 1951, una gran revista norteamericana publicó opiniones de Spruille Braden sobre América Latina”, dirá en otro párrafo. Al término de la compilación de escritos de Montenegro aparece un número encerrado entre paréntesis como pauta del reiterado equívoco: (1948). Como sea, estos son los años en que militará –desde Buenos Aires– a favor de la llegada del MNR al gobierno. Junto a él otros dos exiliados: su cuñado, el escritor Augusto Céspedes –autor de títulos tales como *Sangre de mestizos*, *Metal del diablo* y *El presidente colgado*– y Víctor Paz Estenssoro, futuro presidente de Bolivia.

Algo anunciamos acerca de un libro inédito. Dos, deberíamos haber dicho para ser más exactos. Uno será editado, por vez primera en 1962, en uno de los emprendimientos editoriales de Jorge Abelardo Ramos. Nos referimos a *Las inversiones extranjeras en América Latina*, libro sobre el cual algunas líneas se han escrito. Elegimos hacer hincapié en el segundo: se trata de *La hora cero del capitalismo*, publicado sin nombre de autor, ni dato editorial alguno. No fue clandestino, cabe aclarar, como sostiene Andrés Solís Rada. Una publicidad anunciaba, en el número 9 de la revista *Verdad para Latinoamérica*, la salida de tres títulos “para la comprensión del problema mundial y sus repercusiones sobre la América Latina. Tres volúmenes llenos de revelaciones apasionantes que todo lector debe conocer”. Sus títulos: *Se levanta el telón* (sobre la guerra de Corea), *El principio del fin* (con un subtítulo: Latinoamérica despierta) y *La hora cero del capitalismo*, cuyo subtítulo rezaba *El capitalismo internacional en Latinoamérica*. El anuncio de la Editorial Nueva América nos aporta otro dato, el precio de venta: 10 pesos cada uno o los tres libros por 25 (el costo de la revista mensual que anunciaba los libros era de 2 \$). Y algo más que en la publicidad puede leerse: el nombre de los autores sobre la imagen de portada de cada título. Alfredo Grin aparecía como el autor de *La hora*

*cero del capitalismo*, aunque... al ser impreso primó el anonimato. Una característica similar a la revista que promocionaba estos libros: el nombre de los colaboradores no figura en las páginas de esta publicación. Incluso se explicita en uno de los primeros números que los redactores trabajan en equipo y que por ese motivo los artículos no llevan firma individual. Hay otra respuesta sobre el por qué se publicó sin firma este libro y la da Wáskar Montenegro. El hijo de Carlos sostuvo que su padre redactaba informes sobre política económica latinoamericana para un único destinatario: el presidente Perón. Solíz Rada –quien fue ministro de Evo Morales– trae la referencia y dice también que tras la muerte de Montenegro, fue la Embajada argentina en La Paz quien distribuyó este libro, compuesto supuestamente con aquellos artículos. Algo no termina de fraguar en esa hipótesis: la publicidad que aparecía en la revista mencionada corresponde al número de marzo de 1953. O sea que la salida del libro estaba decidida con anterioridad a su muerte, ocurrida el día 10 de marzo. No sólo estaba previsto sacar este libro, sino que además era parte de una colección de títulos de estilo y características semejantes.

*La hora cero del capitalismo* tiene varios capítulos similares a los que se darán a conocer diez años más tarde con *Las inversiones extranjeras en América Latina*. Ambos coinciden en la prosa combativa, el tono didáctico y la agilidad narrativa que no disimula las dentelladas antimperialistas. En *La hora cero*... los capítulos se subdividen en unos pocos apartados que repasan los modos en que el capitalismo internacional o el imperialismo –“dos nombres para un mismo hecho”– penetran en Latinoamérica. El título del libro contrasta fuertemente con la ilustración de la portada. La imagen –un pulpo que expande sus tentáculos sobre el continente– parece más apropiada para un libro infantil que a uno de estas características. Los nombres van mutando (dinero civilizador, Declaración Monroe, Diplomacia del dólar, Buena vecindad, solidaridad continental), aunque los modos de explotación persisten. Los casos se suceden, la cronología se impone y así aparece la anexión de la mitad de México, el robo de las plantaciones de quina, la masacre de Catavi, la creación del Canal de Panamá luego de la división de Colombia, los brutales modos de explotación de la United Fruit en el continente. Sobre el cierre una advertencia intentará poner freno a la desesperanza del abatido lector: “el capitalismo podrá comprarlo todo menos el alma de los pueblos”. Las líneas finales recorren, como apertura del horizonte de lo posible las experiencias de Guatemala, Bolivia y Argentina. En esos últimos párrafos se sostiene que en Bolivia estalló “una revolución histórica” que reconquista “a sangre y fuego su derecho vital” y que en Argentina, desde hace seis años –dice el autor– se ha “expulsado al capitalismo y este fracasa

una y otra vez para volver a entrar allí donde un pueblo y su gobierno le han cerrado las puertas para siempre”. Su estilo datado pero ameno, historicista pero focalizado, carga las tintas en un relato antiimperialista que se distingue del modo en que Manuel Ugarte o Alberto Ghirardo, por ejemplo, caracterizaron las relaciones con los Estados Unidos. En *La hora cero...* no sólo se denuncian los modos en que el capitalismo se impone a sangre y fuego, también se alude a la expansión de la propaganda (diarios, radio, cine y televisión): “Debe comprenderse que si hay una creación fundamentalmente capitalista es la propaganda; sin duda la bomba más perfeccionada y dinámica de toda la estructura imperialista. Y que las cuatro quintas partes de las conquistas del dinero extranjero en el continente, en detrimento de los intereses y necesidades de sus pueblos, han sido posibilitadas, mantenidas y acrecentadas por esa propaganda”. Tras cartón, Montenegro sopesa el lugar monopólico de las agencias noticiosas que “difunden o crean la que interesa al capitalismo, prescindiendo de cualquier noticia que el imperialismo considere inconveniente”. La propaganda aparece entonces como la fuerza de choque que vulnera las tradiciones, los modos de vida, el tipo de creencias y las convicciones de los pueblos de América Latina. “¿En nombre de qué –se pregunta el anónimo autor– va a oponerse un pueblo a que le impongan una dominación extranjera? ¿No es acaso por su historia, su pasado, sus tradiciones y, fundamentalmente, sus costumbres, modo de vida y religión?”

Algunas intuiciones para el cierre: *La hora cero del capitalismo* aparece como libro bisagra entre una tradición de escritos antiimperialistas anclados en la tradición espiritualista, y aquellos otros que –de mitad de siglo XX en adelante– se asientan sobre todo en la historia y la investigación documental (tan característico en los trabajos de Abraham Guillén o Gregorio Selser, por mencionar dos modelos).

Montenegro, con estos dos escritos póstumos, sale de la particularidad boliviana para construir una visión indoamericana continental y, a la vez, las cuestiones económicas se comprenden en su intersección con las relaciones de fuerzas políticas. Última intuición, transformada en pregunta que alude a la tercera parte del título propuesto, ¿podemos definir como *frustrada* la experiencia de la revolución boliviana? ¿No fue acaso la primera insurrección obrera triunfante? Si fue frustrada, Montenegro no pudo llegar a percibirlo. Aunque sí advirtió, en octubre de 1952, que no había que desatender los movimientos que la Rosca –como en Bolivia designaban a la oligarquía minera y sus cómplices– a partir de los acontecimientos de abril de 1952. Para la plebe armada, esos acontecimientos, al decir de Álvaro García Linera, fue más “una insolencia épica, de un contenido colectivo,

muchedúmbrico, del concepto de ciudadanía” que una conquista de derechos. O para concluir, con las palabras de Montenegro, fueron acontecimientos que al pueblo le permitió pensar en que “el Destino se abre, no sólo como una promesa, sino como una certidumbre”.

### **Bibliografía:**

- Abecia López, Valentín (2007). *Montenegro y su tiempo*, La Paz: Plural Ediciones.
- Anónimo (Montenegro, Carlos) (s/f). *La hora cero del capitalismo*, n/f.
- Baptista Gumuncio, Mariano (1979). *Montenegro, el desconocido*, La Paz: Ediciones Última Hora.
- Galasso, Norberto (1970). *Vida de Scalabrini Ortíz*, Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce.
- García Linera, Álvaro (2009). *La potencia plebeya: acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Bogotá: Siglo del Hombre y Editores y Clacso.
- Montenegro, Carlos (2015) *Germán Busch y otras páginas de historia de Bolivia*, La Paz: Levylibros.
- ..... (1962) *Las inversiones extranjeras en América Latina*, Buenos Aires: Coyoacán.
- ..... (1967) *Nacionalismo y colonización*, Buenos Aires: Pleamar. [1943]
- Piñeiro Iníguez, Carlos (2004). *Desde el corazón de América. El pensamiento boliviano en el siglo XX*, La Paz: Plural ediciones.
- Reinaga, Fausto (2014). *Obras completas II*, La Paz: Instituto Internacional de Integración del Convenio Andrés Bello.
- Revista *SEA* (1948), Buenos Aires
- Revista *Verdad para Latinoamérica* (1952-1953), Buenos Aires.
- Solíz Rada, Andrés (2007) “El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro”, en *Política* N° 3, marzo de 2007.
- ..... (2007). “El pensamiento sumergido de Carlos Montenegro II”, en *Política* N° 4, agosto de 2007.
- Zavaleta Mercado, René (2012). “Montenegro y el nacionalismo boliviano” (1960), en *Completas III*, La Paz: Plural editores.